

contenidos que producen miedos y privilegiando aquello que signifique goce para ese ‘nosotros’¹⁷, es decir, que así como esa memoria se construye también es olvidada, pues en ella se conserva solo lo que apoya al sistema imperante, todo lo que según ellos no sirva hay que olvidarlo, expulsarlo de la historia, de tal manera que los acontecimientos que sí convengan pasan a ser fechados y eternizados.

Dentro de este contexto los símbolos cumplen un papel fundamental puesto que son una forma de apropiarse, de formar parte y de distinguirse, es decir, de formar identidad a partir de los diferentes sistemas de representación, que en el caso de América Latina, se podrían enmarcar en los dos principales: el fútbol y la religión. El fútbol en América Latina es más que un deporte o una manera de distracción, es sobre todo un gran símbolo que hace parte de la identidad latinoamericana, pues es en él que todos nos hacemos una nación, y nos entregamos durante 90 minutos a esa representación simbólica en la que más que ser un equipo que debe ganar “un territorio que hay que defender, y otro que hay que invadir y penetrar para derrotarlo”¹⁸, es decir, es el encuentro de países y regiones en el cual quien gane no solo es mejor equipo, sino es mejor país o región, es más nación, tiene más identidad. Es por esto, que el fútbol en América Latina se ha convertido en esa esperanza y posibilidad de una identidad que no se consigue sino en medio de la lucha de piernas en la que todos queremos que nuestro equipo gane para imponernos, y sentirnos orgullosos por pertenecer a nuestro país o región.

Al igual que el fútbol, la religión es otra de las representaciones simbólicas latinoamericanas que nos da la ilusión de poseer una identidad y distinción con las culturas extranjeras, es por ello, que imágenes como el Divino Niño, los santos y la gran cantidad de vírgenes con diferentes nombres

se convierten en símbolos de algo que no poseemos, símbolos de unión, de una sola comunidad católica que lucha por una nación justa y equilibrada, símbolo de identidad y de tranquilidad porque tenemos en quien ser todos uno solo, porque poseemos una religión que nos convoca a ser una colectividad llena de representaciones que nos hacen únicos.

Partiendo de lo que se ha expuesto hasta ahora sobre representaciones simbólicas y la manera como ellas nos unifican es preciso referirse a ese “ordenar, pensar y producir la vida social”, a esa organización social llamada identidad, la cual nos invita a pensar sobre lo que fuimos, somos y seremos. Esta identidad no es un texto terminado producto del pasado, por el contrario, es una dinámica de construcción constante en la que todos hacemos parte esencial y en la que todos nos unimos como colectividad a través de símbolos, los cuales nos urgen y homogenizan.

La identidad se contruye... de reconocer un pasado, comunicarlo a un presente, para transformar el futuro

Luis Alfonso Cárdenas Mateus

¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Para dónde vamos? Alrededor de estos interrogantes se empieza a generar uno de los grandes problemas que tenemos con nuestra memoria personal y por ende con nuestra historia colectiva; pues si carecemos de la primera, será difícil concretar la segunda, siendo cada una de ellas, necesidades sociales indispensables; pues “la historia cumple para todo grupo la misma función que la memoria para cada individuo, que es la de darle un sentido de identidad que le hace ser él mismo y no otro”¹⁹. Entonces, la memoria y la historia son “la columna

¹⁷ *Ibíd.*, p. 7.

¹⁸ Ruben Oliven, *Fútbol y cultura*, Ed. Norma, Bogotá, 2001, p. 17.

¹⁹ Josep Fontana, *¿Para qué sirve la historia en tiempo de crisis?* Ed. Pensamiento Crítico, Bogotá, 2003, p. 44.

vertebral de un pueblo, que ha evadido todo intento por investigarla, porque como nos han dicho y hemos creído que nuestro pasado es doloroso, no queremos recordarlo”²⁰, nos da miedo encontrarnos con nuestra verdad y es así como nos hacemos el siguiente planteamiento histórico en busca de una explicación al presente; si “quien controla el pasado controla el futuro y quien controla el presente controla el pasado”²¹, no podemos tener una certeza de lo que seremos, porque nuestro pasado fue controlado y no sabemos quiénes somos, porque el presente es aún más incierto que el vivido por nuestros antepasados.

Nuestra historia se ha tornado hegemónica, pues es el relato contado a partir de quienes se encuentran ejerciendo el poder, aquella minoría que busca la legitimidad de su discurso imponiendo como verdad absoluta una serie de hechos y circunstancias, que aunque ajenas a nuestros intereses identitarios, nos han vendido como única posibilidad de construir un pasado, encargándose también de manipularnos de tal manera que no tengamos la suficiente capacidad y valor para cuestionarlos, pues si lo hacemos, significaría romper con la continuidad y afianzamiento de una serie de creencias y mitos, que lo único que provocaría sería un desastre social en el cual quedaríamos perdidos sin una bandera o un escudo donde poder refugiarnos. Fue a través de la oralidad y la escritura, como se construyeron los mitos y creencias que llevan implícita la búsqueda de una unión nacional, para ello se han tenido que inventar una serie de símbolos, que tratan de mantener la credibilidad en torno a algo significativo y común a todos. Uno de ellos es el Estado, que protege y promueve la participación ciudadana en las decisiones tomadas por el gobierno que impliquen el beneficio o daño a su persona; una bandera, escudo e himno, como símbolos que representan la historia que se ha construido

en el transcurrir del tiempo y que poco a poco nos ha llevado a la consolidación de una unión e identidad nacional de la cual no estamos seguros.

De esta forma la memoria “aparece como un espacio de construcción histórica (renovación, recreación) en proceso constante, inacabable”²². Se podría decir que la memoria nos brinda la posibilidad de transformar aquella historia que hemos asumido, conociéndola, analizando como se ha aplicado en nuestro proceso de civilización y a partir de esto, darle un vuelco manejando un discurso desde nuestra propia elaboración, contado por nosotros mismos. La historia y la memoria, se deben convertir en piezas clave para la construcción de una Identidad latina. La primera, como un elemento constitutivo de la identidad, donde ambas son “inextricables del enfrentamiento inter e intra-societal que supone el choque entre la globalización y sus respuestas locales”²³, ligando completamente a la memoria, pues la recuperación de ésta, “es la recuperación de la identidad, tanto en los espacios colectivos como en los de su intersección con lo individual”²⁴, sin dejarla caer en una vulnerabilidad de la cual será difícil salir, pues debemos tener la convicción de que la memoria colectiva debe estar destinada como nosotros en el transcurrir por este mundo, a sobrevivir. Debemos recordar, pues ello implica “volver a pasar por el corazón, con todas sus cargas y consecuencias”²⁵, implica reconocer los errores del pasado y valorar el tiempo a manera de invertirlo en la construcción de un presente que augure un mejor futuro como consecuencia de las correcciones a través del tiempo.

²² Cristóbal Gnecco y Marta Zambrano, *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia-Univ. del Cauca, Bogotá, 2000, p. 18.

²³ *Ibid.*, p. 14.

²⁴ *Ibid.*, p. 14.

²⁵ *Ibid.*, p. 20.

²⁰ Fernando Báez, Conferencia Ulibro, Universidad Autónoma de Bucaramanga, 2005.

²¹ Tomado de Joseph Fontana, op cit., p. 45.